

EL CICLÓN

PRIMER PASAJE COMERCIAL de la capital aragonesa

TEXTO Juan Domínguez Lasierra FOTO Javier Melero Sebastián

—
Un almacén de juguetes,
«El Ciclón», dio nombre
popular al espacio, que
oficialmente se llamaba
«Pasaje de la Industria y
el Comercio».

El zaragozano pasaje del Ciclón, así llamado popularmente, en el edificio del 10 de la plaza del Pilar –y por eso conocido también como pasaje del Pilar–, está en un proceso de remozamiento que intenta sacarlo del letargo en el que se ha mantenido desde hace décadas. Es difícil entender que un pasaje de esas características, en pleno cogollo pilarista, con el tránsito turístico que ello supone, haya permanecido así, durante tantos años, en un abandono tan extremo.

El caso es que el que fuera el primer gran pasaje comercial de la Zaragoza moderna, toda una revolución en su época, fue puesto en circulación en 1883, como consecuencia de la construcción del más impresionante bloque de viviendas de aquel entonces. Un edificio que ocupa una manzana de casas –aunque en su parte posterior lleva algunas anexiones inmuebles– y que, para el callejero ciudadano, ostenta el número 10 de la plaza del Pilar; los números 14, 15 y 16, en su interior, y el número 40 de la calle Alfonso, también con entradas internas.

La apertura de la calle Alfonso I, entre los años 1858 y 1868, y la reforma, paralela, de la plaza del Pilar llevará consigo la demolición de una serie de casas en cuyo solar, del que era propietario del marqués de Ayerbe, se alzará un enorme bloque de viviendas diseñado por el arquitecto Fernando de Yarza Fernández-Treviño. Yarza traslada a Zaragoza soluciones formales aprendidas en las capitales europeas, y principalmente en el urbanismo parisino, de tanta influencia también en el paseo de la Independencia.

El edificio se cataloga como ecléctico, una transición entre fórmulas neoclásicas y el advenimiento de un nuevo espíritu constructor que culminará en el modernismo arquitectónico. Contaba desde sus inicios con pisos de amplias habitaciones, de servicios novedosos entonces como el agua corriente o ascensores. Pero la gran aportación de este edificio al patrimonio inmueble zaragozano es la existencia de un gran pasaje comercial que recorre en cruz toda su planta baja, fórmula inédita en la ciudad en ese tiempo.

EN 1883 SE CONSTRUYE EL BLOQUE DE VIVIENDAS DE LA PLAZA DEL PILAR 10,
QUE ALBERGARÁ EL PRIMER PASAJE COMERCIAL DE LA CIUDAD.



Vista del pasaje desde la calle Santiago hacia la plaza del Pilar

Acceso al pasaje en la transitada calle Alfonso I

Pasaje de la Industria y Comercio

Pero volvamos a nuestro pasaje que, con el tiempo, había ido perdiendo todo su esplendor y convirtiéndose en un mortecino y mero deambulatorio para quienes querían atajar desde Alfonso a la plaza del Gobierno Civil. Poco a poco sus locales se fueron cerrando, y solo los comercios frontales a la plaza del Pilar o a la calle Alfonso lograron mantenerse. En su interior, el abandono absoluto, después de que el único superviviente, Almacenes El Ciclón, cerrara sus puertas y sus grandes escaparates exteriores dejaron de mostrar su variopinta juguetería.

Dos grandes arterias que se cruzan perpendicularmente en su centro forman el pasaje, con entradas, en la longitudinal, por la calle Alfonso y la plaza del Gobierno Civil, y en la transversal, con salidas-entradas a la calle Santiago y a la propia plaza del Pilar. Es una construcción interior que recibirá el pomposo nombre de pasaje de la Industria y el Comercio, transformado popularmente en pasaje del Ciclón, en razón del popular almacén de juguetería de este nombre allí instalado durante tantos años.

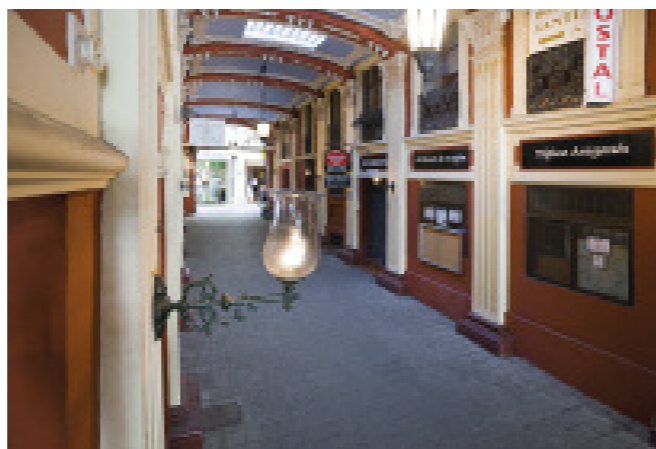
Los frontones de las verjas que cerraban cada una de las cuatro entradas llevan, por parejas, este ilustrado apelativo decimonónico: las del tramo longitudinal, pasaje de la Industria; las del tramo transversal, Pasaje del Comercio. Por cierto, hablamos en pasado al nombrar esas puertas de hierro porque, actualmente, tres de ellas han desaparecido, sin que sepamos cómo, y solo quedan los frontones superiores como testimonio de aquella denominación.

Gracias a esa puerta superviviente podemos contemplar una de las decoraciones más definitorias del edificio, unos escudos, en la zona inferior, donde los símbolos de la industria (una rueda) y del comercio (el casco y las alas de Mercurio) se funden de forma heráldica. Aunque todo el interior del pasaje, especialmente los techos, fluyen en decoraciones de tipo geométrico y floral, con columnas falsas asentadas en las paredes, de inspiración neoclásica, que ofrecen su más rica expresión en la zona del cruce de las dos arterias.

Imagen del interior del pasaje hacia las torres del Pilar. Se aprecia la silueta del quiosco

Detalle de la puerta ubicada en la calle Alfonso I. Símbolo de Mercurio alado en representación del comercio

Perspectiva desde el centro del pasaje hacia la calle Santiago



Cruce donde confluyen los ejes longitudinal y transversal del pasaje

UN PUZZLE COMERCIAL

¿Qué había en aquel primer pasaje comercial de la ciudad, antecesor de los que llegaron luego? La reconstrucción que intentamos en estas líneas, después de muy variopintas consultas, y que se ha «completado» como si de un puzzle del viejo almacén juguetero del Ciclón se tratase, debe tomarse como un voluntarioso intento de aproximación a lo que fue. Si entramos por Alfonso I, y nos situamos a la derecha, tenemos en primer lugar la actual Farmacia del Pilar –que durante años fue regentada por el farmacéutico Montis–, establecimiento al que, en otro tiempo, incluso rodeaban parcialmente los escaparates del Ciclón. Tras la entrada a las viviendas de Alfonso, nº 10, interior, teníamos ya los Almacenes El Ciclón, con sus característicos escaparates exteriores que pregonaban su fascinante mercancía íntima: las grandes muñecas peponas, de tamaño natural, con coloretos muy chillones en los carrillos; los caballos de cartón, en los que podían montarse los más pequeños; las cocinas de madera, los mecanos y juegos de construcciones; las motos y coches de hojalata..., y los tambores, que se construían «reciclando» –diríamos hoy–, las grandes latas de conservas (de atún, bonito, bacalao...), una vez pintada su circular superficie con los colores de la bandera española, según me cuenta Ángel Morata Monreal, que debió dar la «lata» con esa percusión en su adorada infancia. El Ciclón era una espaciosa tienda, de altos techos, y largos mostradores de madera, donde los dependientes –uniformados con guardapolvos de color azul oscuro– ejercían de mediadores de los caprichos infantiles. Un paraíso para la niñez. El pasaje proseguía, haciendo chaflán, con la arteria transversal (salida a la calle de Santiago), y se prolongaban asimismo sus escaparates. A su término encontrábamos La Catedral del Mueble, con sus categorías de económico y selecto, que tenía ampliación, frente por frente, al otro lado del pasillo transversal. Las dos «Catedrales», daban, como decimos, a Santiago, donde hoy se mantiene un hostel de igual nombre y con la pátina de los viejos tiempos. El restaurante El Rincón de Aragón ocupa hoy el lugar de la desaparecida Catedral del Mueble, al igual que en el local anexo de la amuebladora se instala la moderna galería de arte Pilar Genis, también con fachada a Santiago.



Acceso de la plaza del Pilar, con su popular quiosco situado junto a una típica tienda de recuerdos

Los establecimientos hosteleros aportan dinamismo a este singular espacio zaragozano

Hoy el viejo pasaje de la Industria y el Comercio –cuya defunción hemos vivido los zaragozanos, durante años, con una lamentable indiferencia– merece resucitar.

Siguiendo este lado derecho, al otro lado del pasillo, se encontraba un bar, el Salinero, ocupado por grandes mesas, y donde tenía su sede el club de fútbol El Pilar. Aquel gran bar, con el tiempo, quedaría reducido a un pequeño tugurio, cuyo nombre desconocemos, pero al que las malas lenguas llamaban «Las cucarachas», por los desfiles que solían interpretar estos poco apreciados sujetos en el establecimiento. Más allá se instaló un fontanero, que ejerció durante varios años.

Y ya salimos al espacio presidido por la Delegación del Gobierno. Sus antiguos bloques de casas, desaparecidos para formar el actual ensanche, flanqueaban allí una estrecha vía, algo empinada, con pilones de piedra que impedían la circulación de vehículos.

Volviendo a la entrada de Alfonso, por su lado izquierdo, lo primero que encontramos es la parte trasera de lo que ahora es la cafetería El Real, que ha conservado parte del viejo estilo decorativo de lo que fue en su tiempo –haciendo chaflán a Alfonso y plaza del Pilar–, una preciosa tienda de lanas, Callén, de la familia de Moisés García Lacruz, donde también se vendían artículos de sedería, alfombras, mantelerías, etc. Allí mismo, a la entrada, existía un pequeño garito que vendía recuerdos del Pilar. A continuación, está la entrada del número 40 de la calle Alfonso (recordemos que, frente por frente, a la derecha, está también el 40, pero interior). Superado el portal, allí estuvo establecido otro de los grandes espacios del Pasaje, el Gran Bazar de la Unión, vinculado a la figura empresarial de Felipe Sanz Beneded, el creador del Bazar X, que competía en juguetería con El Ciclón y que, con su sección de recuerdos pilaristas, ha tenido presencia hasta muy recientemente, con entrada por la plaza del Pilar.

Lo que seguía es otra tienda de recuerdos, El Corazón de Jesús, de la familia Andrés, único local que permanece del viejo pasaje, que se abre también a la plaza del Pilar, sin duda razón de su supervivencia. En esta entrada de la plaza del Pilar se encontraban varios kioscos de madera, de mercancía varia.

Frente a El Corazón del Jesús, al otro lado del pasillo, estaba la cerería Clavería, también tienda de dulces. Más allá, los Vinos Tejero, con entrada por la plaza del Pilar, que surtía de caldos de Cariñena y Almonacid a una amplia clientela, incluida la bodega del propio templo pilarista, para el «vino de celebrar». El tramo sigue con otra entrada interior al inmueble, correspondiente a los números 14, 15 y 16 de la plaza del Pilar. El resto del tramo, hasta su final, estuvo ocupado durante algún tiempo por un restaurante.

Digamos, en fin, que en este edificio zaragozano, modelo en su tiempo de construcción burguesa, abundaron vecinos de alto estatus profesional, así como pensiones, donde se alojaban muchos sacerdotes antes de la construcción de la Residencia del Pilar y de la Casa de los Canónigos. Otro aspecto destacado del inmueble son los sótanos, utilizados en algunos casos como bodegas, y que sirvieron durante la guerra civil como refugios antiaéreos, cuando la sirena del cercano Banco de Aragón alertaba de la cercanía de los bombardeos.

Hoy, el viejo pasaje de la Industria y el Comercio se remozca. Después de décadas de abandono, nuevos comercios se instalan en sus espacios. El viejo pasaje de la Industria y el Comercio –cuya defunción hemos vivido los zaragozanos, durante años, con una lamentable indiferencia– merece resucitar.